

lieu, ó los escándalos afrentosos del abate Dubois? ¿Es la escala de Jacob una aduana por donde puede pasar el contrabando à título de soborno? Si se compra la vida eterna por rescate, ¿qué esperanza le queda al pobre de ser redimido? ¿Còmo y de qué manera los que padecen hambre y sed de justicia en la tierra, podrán ser consolados en el cielo?

Es verdad que la revolución ha traspasado en cierto modo los límites de lo justo, pero, ¿quién contiene las pasiones humanas provocadas por resistencias sangrientas? Dejad paso à la libertad y el equilibrio será restablecido.

—Las corrientes de los rios, dice el padre Lacordaire, obedecen à la ley indeclinable de la gravitación universal. ¿Qué importa que algunas gotas violando el cauce busquen caminos sin salida? Pasada la borrasca, las aguas recobraràn su nivel. ¡Oh suprema sabiduría!—Tenia razón el muy elocuente sacerdote.

Y si el mundo físico en el vertiginoso rodar de las esferas, sostiene fatalmente la armonía, ¿puede agitarse el mundo moral al acaso, sin una ley indeclinable de gravedad específica? Es impío suponer que la Providencia deja en absoluto el gobierno del mundo al capricho del hombre sujeto al influjo de sus pasiones pequeñas y de sus intereses privados.

Seguramente ese puñado de pretendidos católicos, que bien examinados están bajo el anatema de todas las leyes canónicas, armándose con trabuco y fusil contra todo movimiento liberal, ¿se parecen en algo à los cristianos

de los ocho primeros siglos que firmes en su fé, indefensos y pacientes, llenos de sublime mansedumbre arrostraban la persecución y el suplicio con la sonrisa en los labios?—Repara Pedro, que quién à hierro mata à hierro muere;—es la única contestación que puede darse. ¿A qué vienen, pues, esas declamaciones? Serían ridículas si no fueran crueles.

Y sobre todo, ¿quiénes somos nosotros? ¿De dónde venimos? ¿No estamos bautizados y hasta confirmados? ¿No hemos tenido nuestro legítimo ingreso en la comunidad por la eficacia del Sacramento? ¿Qué potestad ha conferido los poderes divinos à ese puñado de fanáticos, para rompernos la crisma? De la comunidad de la iglesia, una vez recibido el bautismo, solo se sale por la apostasia, examinada, calificada y juzgada. ¿Dónde está nuestro expediente? ¿Hemos arrancado del pecho el dardo mortífero, como Juliano, para arrojar al cielo la sangre que ha de caer sobre Roma?

Muy lejos de eso; no hemos incurrido en irregularidad canónica por teñir nuestras manos en sangre, ni siquiera hemos merecido un correctivo disciplinario por administrar en nuestro provecho los fondos del cepillo de las ánimas.

El catolicismo, tan majestuoso, tan grande, que derramando raudales de caridad ha opuesto en la Edad Media à la cruelesima ley de las fazañas, el templado evangélico tribunal del obispo, y ha saturado de equidad y moderación los códigos modernos, no puede ser patrimonio de los iluminados para servicio de sus mezquinas pasiones

y exclusivos intereses. ¿De dónde deducen, que ellos son los escogidos y nosotros los llamados? ¡Ellos! que pretenden convertir la política en religión y la religión en mercadería á su provecho y servicio!

Insisto en este punto, porque es la piedra de toque y el obstáculo con que siempre han tropezado los pueblos latinos en América para desarrollar sus instituciones.

Por lo que toca á México, preciso sería para dar *contentamiento á estos grandes patricios*, según su estrecho discurrir por interés propio, que D. Porfirio Díaz terminase su administración derogando las Leyes de Reforma, es decir; destruyendo toda la obra constitucional, comprometiendo la paz y retrogradando á la deliciosa administración del diezmo y de la alcabala, del mutismo del pensamiento, de la abdicación de la personalidad, de la hipócrita idolatría, de la humillante ignorancia y de la abyecta mendicidad.

Un monje sumiso subía de rodillas la escalera de Pilatos en el Vaticano y más tarde escribía al Sumo Pontífice León X:—Santísimo Padre: nunca tuve intención deliberada de ofenderos ni de lastimar los intereses de Roma; pero la furia de mis detractores me ha revelado las fuerzas que me asisten y nunca pude sospechar. No es dable retroceder del terreno en que estoy colocado y digo con tranquilidad: “dejad que chillen esas cigarras.”—

Debe tomarse este ejemplo del fraile, el único acaso aprovechable, y dejar que las cigarras sigan chillando. Por nuestra parte, hace algunos años que hemos

adoptado ese procedimiento, porque donde falta la buena fé ó el espíritu imparcial y sereno, la discusión razonada es inútil. Estos neo-escotistas que jamás han comprendido la profundidad de San Bernardo ni han sentido la belleza estética del maravilloso estilo de San Agustín, y tan léjos están del sentido analítico y lógico de Santo Tomás, ya que no pueden ser rebeldes en Europa ni dialécticos en América, se hacen caricaturistas. Que sigan forjando libelos y pintando monos, ya que són incapaces para edificar á los hombres con santos ejemplos, mientras los pueblos se constituyen y se desarrollan.

Suban al pùlpito si se atreven á exponer crítica y doctrina con sana razón y espíritu evangélico de paz, pero no se entrometan á hacer políticas en los periódicos, á la sazón oportunamente desautorizadas y condenadas por el actual Pontífice, cabeza visible de la iglesia romana, y nos apresuraremos á recibir el consuelo de la edificante palabra con religioso respeto. Les aconsejamos que no abandonen el servicio del altar y cambien el cingulo por el rifle para verter la sangre de sus hermanos, ni truequen la estola por la pluma para envenenar las columnas de los periódicos.

La ley de la historia tendrá su debido cumplimiento y en México se abre un período muy interesante y muy complicado; período de construcción administrativa embarazada por grandes recelos y fantásticos temores, mas no por eso dejará de crecer y desarrollarse el pueblo por la libertad.

Estrechez de criterio

I

Mi diligencia primera al visitar este país, objeto ha muchos años de mi cariño predilecto, fué depositar una corona fúnebre en la tumba de D. Benito Juárez; nunca como muestra de dolor, que no me causa la muerte, porque es la renovación de la vida, previo el reposo de las fatigas pasadas en esta muy amarga tierra sino en testimonio del aprecio que tengo y la veneración que guardo á la memoria del ilustre difunto, en el cual se representan y personifican todos los movimientos y todas las grandezas de la historia liberal de México.

Don Benito Juárez, malisimamente juzgado y peor comprendido por propios y extraños, es uno de esos seres que han gozado el privilegio de cumplir por entero su misión en la vida; pues si hubiese fallecido ántes de escribir la página de Querétaro, sus esfuerzos fueran incompletos y trunca hubiera quedado su gloria.

De lejos, sin conocerle ni haberle visto jamás, seguía sus pasos con interés, pero sin rendirle aquel culto, que por él profeso à partir del cadalso del imperio.

Mas no porque sea de condicìon cruel, ni me falte sensibilidad para deplorar la muerte del hombre, ni mucho mènos porque tenga en poca estima la muy caballerosa personalidad de Maximiliano. Antes al revés acepto la solemnidad del cadalso, por el mucho aprecio que hago de aquella noble persona; pues à salir vivo de esta tierra, para él extraña y à mucha distancia, puesta por ley de geografía, la historia sólo podia reservarle el triste papel de un usurpador menguado, que huye cobarde el dia del sacrificio.

Los grandes errores cometidos por hombres de dignidad y nobleza, se redimen con la muerte honrosa, y no sirviendo de entretenimiento, como Dionisio de Siracusa, en la plaza pública à los habitantes de Corinto. Si Napoleón primero, cual nuevo Temístocles, se hubiera sentado libremente al calor del hogar britànico, segun lo solicitaba, no hubiera honrado su nombre ni redimido sus grandes violencias, faltàndole el martirio de Santa Elena, que es la màs brillante página de su historia.

Mucho màs que con declamaciones intempestivas y lágrimas impertinentes, preciso es hacer honor y justicia à Maximiliano, diciendo con discreciòn circunspecta que: **SUPO MORIR COMO BUENO.**

Así hago verdadera estimación del hombre, en tanto condeno el hecho de la usurpación invasora, y abomino à la usurpadora raza, que tantos males nos ha causa-

do en la patria, desde Cárlos el grande à Cárlos el Hechizado; reduciendo la poblaciòn española de veintisiete millones de habitantes, contados en los tiempos del insigne patricio Ximenez de Cisneros, à once millones al despedirse aquella putrefacta dinastìa, que sembró durante tan corto período de cuatro generaciones, en la naciòn que se anunciaba la primera y más adelantada al despuntar la auróra del reinamiento, la abyección, el fanatismo y la miseria.

Si hubiéramos podido hacer un Querétaro en Villalar, otro muy distinto fuera de entónces à acà nuestro papel en la historia; que sin los desastres de Lepanto no vinieran las desgracias de Gibraltar, y los hijos de esa raza enemiga, no intentarían hoy sus burlas infames en las islas Carolinas, ni aun contando con dias de calamidad y de peste ni trataran después à título de protectores, de entrometerse en nuestra política interior.

César Cantú es una persona honrada, no lo pongo en duda, le conozco bien. Pero no basta la rectitud del hombre para tener entera la honra del historiador; sino el culto severo rendido à la verdad à fin de recoger datos de buenas fuentes y subordinarlos à un elevado criterio; y no es por esta condiciòn, ciertamente, consultada la obra del laborioso italiano. Indudablemente ha adelantado los trabajos de la historia, sacàndola con nuevos métodos de aquella estrechez de simples relatos de combates, à lo sumo ornamentados con brillantes descripciones. Hay que hacer justicia al autor italiano en

cuanto á los métodos con que nos enseña á estudiar la historia en el espíritu de los pueblos, reflejado en su codificación y en sus adelantos científicos y literarios, esto es, en el movimiento y lucha de las ideas, causa determinante de los choques sangrientos.

Pero no es César Cantú el historiador filósofo á quien puede consultarse en materia de criterio; tiene mucho más grande el corazón que la inteligencia, y hay problemas graves que pretende resolver por el sentimiento. Está dotado de luminosas intuiciones, poderosa elocuencia y facilidad de palabra; por instinto no incurre en el error de Vico, pues ha visto claro, que la ley del progreso es indeclinable y se realiza en la vida sin intermitencias. Por este esfuerzo de intuición, escudriña los tenebrosos rincones de la Edad Media, y lejos de ver un retroceso á la barbàrie en aquellos tiempos de hierro, descubre todos los gérmenes en gestación de cuanto se desarrolla en estos días tan adelantados que hemos logrado alcanzar.

Pero carece de aquel golpe de vista de águila que abraza con una mirada el Universo, y no sabe romper los moldes del rudimentario Eclecticismo, desde sus observaciones geológicas y sus estudios históricos y razonamientos políticos, hasta sus lucubraciones filosóficas. En suma, no pasa una línea más allá de los reducidos límites trazados á las ciencias sociales y políticas por Montesquieu y Filangieri.

Así se explica lo confuso que se muestra en la narración y las frecuentes contradicciones en que incurre.

Epiloga sus capítulos y abre los grandes períodos de la historia con discursos, todos ellos elocuentes y de verdadera galanura literaria; pero unas veces parece que discurre demagógicamente por sus lábios Macini y otras parece que pronuncia sermones Bossuet. A veces es muy ligero en la consulta de datos. Sin duda que no ha recogido antecedentes al hablar de España más que de un español que cita, Somoza, catedrático muy mediano de nuestro instituto, de quien ninguno hacemos caso.

Por esto en la parte relativa á nuestra historia, el traductor castellano ha tenido que llenar el libro de notas, en rectificación de sus innumerables inexactitudes.

Se concibe bien que no haya podido apreciar á D. Benito Juárez, ni ponerse á la altura de comprender la gran significación política de la muerte de Maximiliano para la joven América y la envejecida Europa.

El juicio de Maximiliano no es un proceso político, como no lo es el de Carlos en Inglaterra, el de Luis XVI, ni ninguno de esos actos que en forma jurídica nos presenta la historia. Vienen vestidos con la falsa pompa y solemnidad del derecho, no desnudos como el puñal de Bruto; pero como aquel, són una *defensa*, jamás un fallo.

La Convención no podía juzgar á Luis XVI, porque la injusticia del fallo se definía con una sola palabra. Con la palabra aquella que pronunció su defensor

en nombre del acusado:—BUSCO MIS JUECES Y NO VEO MAS QUE ACUSADORES.

En forma de proceso con jurisdicción legítima, alegato y prueba, el juicio resulta siempre un asesinato jurídico.

¿Considera César Cantú el caso de Querétaro dentro de la estrechez adjetiva del abogado en ejercicio de actuaciones?

Entonces no está a la altura intelectual necesaria para escribir la historia, que no se razona por modos artísticos y *formas convencionales de enjuiciamiento*, porque el tribunal está más alto; sólo la opinión tiene legítima competencia; el fallo pertenece a la historia, y no da su juicio público, sino después de la muerte.

¿Qué queda del proceso de Luis XVI? Las incontestables palabras de San Just:—La convención no tiene *realza* para juzgar al *rey*. El acusado es inviolable, pero no lo es el enemigo. Dispara su metralla contra nosotros: estamos en legítima defensa. Podemos matarlo. No matamos a Luis; matamos en él la institución, las traiciones que a su nombre se fraguan, la liga extranjera contra la integridad del territorio, el peligro y la peste contra la salud de la patria.—

César Cantú no está a la altura de comprender lo trascendental de la historia, y así entrega la carta cuando subordina los hechos de mayor alcance a un criterio que no es *racional* sino de *sentimiento*. Con lágrimas no se explican los grandes problemas sociales. El historiador tiene que razonar los hechos, y no los razona cuan-

do dice:—Los condeno, porque abomino la pena de muerte en el terreno político.—

Esto se puede dispensar al poeta, cuya misión es cantar y gemir.

Pero el historiador que ha hecho el relato de tantas batallas, de tantos suplicios, y que ha venido atravesando tantos campos cubiertos de cadáveres y ha penetrado en tantas cárceles llenas de torturas, debe saber: que LAS IDEAS SON UNA PLANTA CEREBRAL, QUE SOLO SE DESARROLLA, CRECE Y FRUCTIFICA CON EL RIEGO DE LA SANGRE.

Poner en duda esto, es desconocer la ley suprema de la naturaleza, negar la historia, hacer incomprensible el progreso, cerrar los ojos a la luz de la vida que se renueva por generaciones; y sin la sucesión de la muerte es inconcebible la lozanía del Universo.

Suprimir la muerte en el terreno político, es suprimir la lucha, y por consiguiente la actividad; suprimir la defensa, y por consiguiente la vida; suprimir la renovación de los hombres y de los pueblos, y por consiguiente el progreso del género humano.

Se ve el poquísimo valor que tienen estas razones de sentimiento, cuando se reproduce el uso aquel de los Escolásticos, que consiste en llevar la argumentación al absurdo.

El Sr. César Cantú, que nos ha dado la razón apuntada en un inserto publicado bajo el título UN DOCUMENTO HISTORICO, seguramente no arrostraría la carcajada universal, gritando desde las páginas de su historia:—

Rusia, Alemania, Inglaterra, pueblos de América, naciones de ambos mundos, desarmaos, fundid vuestros cañones para acuñar moneda, y trocad, contra las leyes de naturaleza, la extensa redondez de la tierra en una Arcadia feliz.

El primer anatema saldría de lo alto del Vaticano diciendo:—No, después del pecado de Adán no podemos volver sin la consumación de la prueba al Paraíso.—

Y hago punto aquí por no dar más extensión à este capítulo, reservándome reanudar el cabo de este hilo que dejo suelto, para demostrar al Sr. César Cantú, quién era el Sr. Juárez y qué significa la catástrofe de Querétaro, y hacerle evidentes los grandes influjos que manda sobre la civilización de la tierra ese hecho concreto, que parece acaecido en un rincón del planeta.

Y entre tanto, culpe, si gusta y quiere culpar à alguno por capricho de sentimiento, al Dios de las alturas que gobierna los mundos y rige los destinos del hombre, de la triste y lamentable demencia de la ilustre viuda, mientras yo creo que es mucha la piedad divina permitiendo que su razón se trastorne, ya que no la ha recogido en el seno de la muerte, pues goza en su extravío del placer inefable de ver y prodigar caricias à su infortunado esposo.

Apasionadas debilidades.

II

Así me explicaba el día 20 de Noviembre último en las columnas de *El Pabellón Español*:

De primera intención y con la rapidez con que se escribe para un periódico diario, ayer en indicaciones generales, con motivo de la contestación que da César Cantú en "Il Secolo de Milano" y en traducción castellana, había reproducido su texto, al Folleto Oficial en defensa de Don Benito Juárez, dije: que al autor italiano debe el estudio de la Historia, no la iniciación, que parte de la "Scienza nova" de Juan Baustista Vico, pero sí la aplicación de los nuevos métodos, por los que procura determinar el espíritu de los pueblos, examinando sus leyes, espejo de su carácter y costumbres, y consultando sus documentos científicos y literarios, para descubrir en la lucha de las ideas la razón determinante de sus batallas sangrientas.